

# ¿PERDIMOS EL BUS DEL DESARROLLO GLOBAL? - UNA RE-LECTURA DE GERSCHENKRON

Myron J. Frankman<sup>1</sup>

*The author, in relation to the essays written by Alexander Gerschenkron titled «Economic backwardness», reflects on the reasons why some developing areas have been unable to find or define a path that moves them closer to development. Using the analogy of a bus, the author studies four proposed paths: national competition, ethnic struggle, social justice, and democratic development.*

En una carrera más o menos larga es probable que un académico se encuentre con millares de ideas y frases que se refieren a su campo de investigación. La enorme mayoría de estas nociones se deposita directamente en zonas profundas del cerebro, irrecuperable hasta por los más avezados hipnotizadores. Sólo unas pocas imágenes verbales o frases, aparentemente inocuas, van a inducir de manera casi inexplicable una respuesta de simpatía y van a quedar flotando libremente cerca de la superficie. Dichos conceptos parecen ser al mismo tiempo signos de exclamación y de interrogación. En la medida en que ellos desafían las clasificaciones tradicionales, podemos pasar varios años sin ser capaces de integrarlos en el tablero siempre cambiante de nuestra construcción de la realidad social. Y sin embargo, ellos persisten, como para recordarnos que, a pesar de que creemos haber compuesto el cuadro com-

pleto, todavía quedan algunas piezas sin uso sobre la mesa, las cuales parecen pertenecer al juego y ser demasiado importantes como para menospreciarlas. Se puede pensar que tales ideas son como «icebergs» intelectuales: puntos en el horizonte que parecen inofensivos, pero que son capaces de sumergir los férreos paradigmas que reinan en los mares del pensamiento.

La imagen sobre la que quiero concentrarme aquí la encontré por primera vez en la obra de Alexander Gerschenkron cuando era un estudiante de postgrado al comienzo de los años 60. En una colección de ensayos con el título de *Economic Backwardness in Historical Perspective*, Gerschenkron reflexionaba sobre los cambios históricos en las fuentes de financiamiento que hicieron posible la industrialización (la cual él asimilaba entonces al desarrollo).<sup>2</sup> Él comparaba el impulso de la industriali-

1 Profesor del Departamento de Economía y Director del Programa de Estudios Internacionales en McGill University, Montreal, Canadá.

2 Mientras más atrasada fuera la economía del país, mayor el papel que jugaban factores institucionales especiales destinados a aumentar el flujo de capital...» (Gerschenkron 1962:354)

zación con un bus que «pasa impuntual y el cual se lo puede perder» (Gerschenkron 1962: 363). Más adelante me detendré a examinar si el enfoque de Gerschenkron respecto a las fuentes de financiación es aplicable en el contexto contemporáneo, pero antes quisiera prolongar la línea de su analogía. Me pregunto aquí si algunas de las áreas en desarrollo han perdido ya el bus y si se puede hacer algo para acelerar la temprana llegada de otro transporte apropiado, el cual, al menos, parezca dirigirse hacia un desarrollo global sostenible. Por otro lado, surgen complicaciones por la llegada de un bus recién reparado que proclama ir en nuestra dirección, pero que sin lugar a dudas va hacia el lugar equivocado. Gerschenkron no se refiere a este problema particular. Desde el momento en que estamos en el bus equivocado, es claro que cada kilómetro que se adelanta en él disminuye las posibilidades de desembarcarse. Al principio era sólo el conductor quien desoía nuestros gritos, pero ahora son también los pasajeros, tanto los que están sentados en lugares reservados como los que van de pie, quienes nos miran molestos e insisten en que no hay bus alternativo.

Me referiré aquí a cuatro «bases», cuatro senderos diferentes: los dos primeros son el sendero dominante hoy en día de la competitividad nacional y el de la lucha étnica. Este último ha sido a menudo más un resultado que una ruta planeada por donde deban ir las cosas. Luego, voy a examinar los búses que hemos perdido o, si se prefiere, los senderos que dejamos atrás, sin ensayarlos: el bus de la justicia social y el del desarrollo democrático.

## ¿UN BUS CON EL RUMBO DESVIADO?

El bus al que nos hemos subido todos -países industriales, países en desarrollo y países en transición- es el de la competitividad nacional. Algunos países lo han abordado por voluntad propia; a otros se los ha for-

zado. Aunque la frase puede ser nueva, la noción es semejante a la que orientó a los mercantilistas. Las implicaciones para el hombre de la calle no difieren mucho hoy de las que Thomas Mun enumeraba en la lista de las políticas apropiadas para comienzos del siglo XVII. El pueblo tenía que ser frugal en su alimento y vestido, para no reducir el superávit exportable y para estar seguros de evitar el consumo de importaciones. Edgar Furniss enunciaba con mucha fuerza hace más de siete décadas lo que significaba competitividad para el hombre de la calle en el siglo XVIII en Inglaterra en *The Position of the Laborer in a System of Nationalism*. Su capítulo sobre «The Doctrine of the Utility of Poverty» contiene el siguiente pasaje de un volumen escrito en 1771 por Arthur Young:

*Cualquiera que no sea un tonto sabe que las clases bajas deben mantenerse pobres o si no, no van a ser nunca industriosas; no quiero decir que los pobres de Inglaterra tengan que ser mantenidos como los pobres de Francia, pero, considerado el estado de cada país, deben permanecer pobres, (al igual que toda la humanidad), de lo contrario no van a trabajar (citado por Furniss 1920: 118)*

Hoy el lenguaje es ligeramente diferente. La frase clave es «mercado de trabajo flexible». La asociación de esta flexibilidad con pobreza y desempleo tiende a ser barrida debajo de la alfombra, dado que se espera que los mercados se equilibren a sí mismos.

En un reciente artículo en *Foreign Affairs*, Paul Krugman describía la competitividad como una obsesión peligrosa que distorsiona el procedimiento de una amplia gama de asuntos, muchos de los cuales no tienen mucha incidencia directa en el comercio internacional. En palabras de Krugman: «...si una doctrina económica es simplemente, completamente y demostrablemente equivocada, la insistencia en seguir discutiendo esa doctrina inevitablemente oscurece el foco y disminuye la calidad de la discusión acerca de políticas a lo largo de una amplia gama de asuntos...» (Krugman 1994: 42).

Es equivocada, en parte porque una nación no es una corporación que tenga una meta final claramente identificable. Una crítica más general de por qué tal manera de ver es equivocada, la hace Ursula Franklin en su descripción de lo que ella llama en su crítica a lo que ella titula como «modelo de producción».<sup>3</sup>

*Se construyen modelos de producción sin vincularlos a contextos más amplios. Ello permite el uso de un modelo particular en una variedad de situaciones. Al mismo tiempo, esta manera de ver no toma en cuenta y subestima todos los efectos que resultan del impacto de la actividad productiva sobre su entorno. Se considera que estas externalidades no tienen ninguna importancia para la actividad misma y son, por consiguiente, un problema ajeno... los modelos de producción llegan a ser ahora casi el único tipo de orientación para el pensamiento y la acción privada y pública. (Franklin 1992: 27, 31).*

Por supuesto, el hecho de que un enfoque esté demostrablemente equivocado puede no ser evidente para muchos observadores. Y puede suceder que aquellos que levantan su voz para oponerse logren apenas el éxito de predicar a quienes ya están convencidos.

Como Krugman lo advierte, las políticas que apuntan a la competitividad nacional son esencialmente confrontacionales, un enfoque inapropiado para la orientación de los asuntos en una sociedad que se globaliza rápidamente. La orientación hacia la competitividad implica una visión del mundo en el esquema nosotros-ellos: «ellos» -los adversarios- son los que están robando nuestro trabajo. «Ellos» no son sólo los países extranjeros, sino las minorías o aún las mayorías (las mujeres, para identificar una mayoría obvia) entre nosotros. La violencia frente al «otro» no es poco común bajo circunstancias en que desaparecen los puestos de trabajo y se restringe el ingreso real.

La doctrina de la competitividad nacional puede manifestarse, sea en el formato del libre mercado - una obsesión aún más peligrosa en su forma pura y sin mitigaciones -, sea en un formato de política industrial, o en una mezcla de los dos: subsidios al capital y mercados flexibles para el trabajo.

Al comienzo de los años 60 Albert Hirschman detectaba que las dificultades en la balanza de pagos eran el objeto que más atraía la atención de los centros de decisiones en las áreas en desarrollo (Hirschman 1965: 301-309). Hoy en día los pagos en el exterior parecen ser el problema privilegiado a través del mundo. Cada país parece estar esforzándose en obtener ya sea un superávit comercial, ya sea un superávit en la balanza de pagos, ya sea ambos. Sin embargo es claro que no todos los países pueden ser ganadores netos en el intercambio con el exterior. ¿No está en la búsqueda universal de superávit en los pagos externos, uno de los fundamentos de muchos de nuestros problemas en el mundo de hoy, mundo de mercados globales cada vez más integrados y de toma de decisiones nacionales en su mayor parte descoordinadas? ¿Acaso no plantea esto hoy día un problema de mayor importancia que la que tuvo durante la gran crisis de los años 30? ¿Y acaso no se están haciendo visibles algunas de las mismas manifestaciones destructivas de ése entonces, como nos lo recordaría una relectura de la obra de Karl Polanyi, *The Great Transformation* (Polanyi 1957)?

Dónde entra el tema del desarrollo en todo esto? Ya que tanto en el Norte como en el Sur el juego se llama competitividad y empequeñecimiento del sector público, la mayoría de los gobiernos se inclinan a políticas que permitan realizar sus pagos internacionales cada cual a su manera. Por cierto, no les queda más remedio que actuar así. En un editorial de la Montreal Gazette

3 Massey Lectures de la CBC (Corporación de Radiodifusión Canadiense), 1989.

respecto a Hungría se escribía lo siguiente: «Es posible que los socialistas tengan una conciencia más estricta que sus predecesores, pero parece que ellos están comprobando que la realidad tuerce las buenas intenciones...» (*Montreal Gazette*, 1994, p. B2). Dado que superávits de pagos simultáneos en todos los países, son una imposibilidad lógica, muchos deben fallar necesariamente, y quienes «ganan» pagan un costo por ello. Pero las naciones no «ganan». Dentro de ellas, hay gente y organizaciones que ganan y otras que pierden. Y aún quienes ganan en términos monetarios pueden percibir que su seguridad personal ha disminuido. En el modelo estático de bienestar del economista, mi ganancia y tu pérdida pueden simplemente contabilizarse y el asunto está arreglado.<sup>4</sup> En la realidad, los ganadores que perciben amenazas para su seguridad pueden reclamar porque el Estado adopte una línea dura contra quienes disienten acerca de los resultados del proceso. Las estrategias nacionales en un mundo integrado tienden a producir un exceso de perdedores en comparación con el número de ganadores, tanto en los países ganadores como en los perdedores. El sentimiento que domina actualmente es el de que los pocos ganadores no están dispuestos a compartir con la comunidad, sea ésta local, nacional o global, ni tampoco están obligados a hacerlo en algún grado apreciable.

Hay una objeción todavía más seria contra el concepto de «competitividad nacional»: éste concepto coloca una cortina de humo para asegurar que las ganancias van a acrecentar el capital, el cual es cada vez más transnacional, con poca lealtad para lo local. «Competitividad nacional» es una etiqueta que sirve para conseguir que se apoye a políticas que no van a beneficiar ni al hombre común, ni a los gobiernos (Esta-

dos) que han actuado para sostenerlas. En el nombre de la competitividad nacional, un aumento de ganancias puede ser transferido en fracciones de segundo a casi cualquier lugar del mundo en virtud de las nuevas reglas del juego. Los artículos del Acuerdo del Fondo Monetario Internacional tomaron precauciones sólo en lo que se refiere a la abolición de restricciones sobre los pagos corrientes, y no tomaron en consideración el que el Fondo juegue su papel junto con el Banco Mundial para acelerar la retirada de las últimas protecciones contra un capitalismo de casino. En nuestro mundo de hiper-movilidad de capitales, a un gobierno que, por ejemplo, se digne subir los impuestos o aumentar su déficit presupuestario, se lo lleva rápidamente a la ruina.

Robert Gilpin ha hablado de la tensión entre el capitalismo nacional de bienestar en un mundo de capitalismo internacional de no-bienestar (Gilpin 1987: 60). Hoy en día los Estados de bienestar están a la defensiva, al igual que la gente común, paralizados por una falsa conciencia de que el interés de la comunidad nacional va a ser favorecido si se sirve a los intereses del capital financiero; a ellos se junta el coro de la competitividad apelando a que permanezcan los programas sociales y que las salvaguardas sociales sean diezmadadas.

## EL BUS DE LA CONFRONTACIÓN ÉTNICA

Robert Kaplan despertó mucha controversia con un artículo en el número de Febrero de 1994 de *The Atlantic Monthly* donde sugería que la ruina nacional y el aumento de policías privados son las cosas que nos esperan (Kaplan 1994). Empíricamente se ha sugerido que una de las actividades econó-

4 La posible objeción de que los economistas evitan escrupulosamente comparaciones personales ignora que tales comparaciones constituyen el núcleo tanto de los análisis de costo-beneficio, como de la utilización del superávit del consumidor y de la ganancia del productor en los análisis de tarifas y otras medidas de procedimiento.

micas que crecen más rápidamente en el norte y en el sur es el negocio de la seguridad privada. Esto parece ser un caso claro de cómo la falta de una onza de prevención pública conduce a muchas libras de «tratamientos curativos» privados para aquellos que son capaces de costearse un poco de protección contra el robo, pero no contra un desastre social de mayores proporciones.

Kaplan argumentaba que la experiencia de Sierra Leona había traído un preanuncio de las cosas por venir. Michael Ignatieff muestra la misma preocupación en su obra *Blood and Belonging: Journeys into the new nationalism*: «La clave narrativa del nuevo orden mundial es la desintegración de las naciones-estado a través de guerras civiles étnicas; los arquitectos claves de este orden son los jefes de la guerra; y el lenguaje clave de nuestra época es el nacionalismo étnico» (Ignatieff 1993: 2).

¿Es el bus de la confrontación étnica el único al que debemos cambiarnos cuando el bus de la competitividad nacional y de sus políticas asociadas hayan dado su vuelta sin éxito? Ante severos vuelcos económicos, la seguridad de las minorías corre peligro tanto en países cuyo nacionalismo étnico permitía una eventual «tolerancia» de minorías, como en países donde la sociedad ha pasado de la tolerancia del «otro» a la aceptación y el respeto, pero aparentemente no a la unidad (testigo de ello el furor persistente de la moda en Canadá sobre el uso de turbantes en varias formas). Refiriéndose a Los Angeles en 1992, Ignatieff observa que, cuando la capacidad del estado-nación para hacer respetar la ley se desintegra, entonces «hasta ciudades cosmopolitas y multi-étnicas son tan propensas a la guerra como cualquier país del Este europeo» (Ignatieff 1993: 9).

## EL BUS QUE PERDIMOS

La Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial inspiraron una gran cantidad de reflexiones sobre organización global como

medio de difundir seguridad económica y política y justicia social. La consideración sistemática de la organización global era un claro lugar común en ese período. La construcción del mundo de postguerra despertó la imaginación no sólo de economistas, sino también de pensadores políticos y hombres de Estado. Sus perspectivas se alejaron bastante de la receta de Woodrow Wilson para el desastre, la cual daba lugar de honor a las divisiones étnicas - puestas, en sus «Catorce Puntos», bajo la fórmula de la autodeterminación de los pueblos. Mientras les doy un muestreo de algunas de estas ideas, ustedes pueden echar a correr su imaginación sobre cuáles podrían haber sido las circunstancias actuales del tercer mundo, si la justicia social hubiera vencido, en lugar del masivo apoyo que se le da a las fuerzas de seguridad, las cuales ahuyentan efectivamente tanto a la democracia como al desarrollo y representan todavía una amenaza para la libre expresión.

La observación siguiente en un capítulo titulado «Si el futuro nos pertenece» de Max Lerner, del cual muchos pueden horrorizarse hoy, era parte del discurso de los primeros años de la década de los 40:

*Pareciera que la solución estuviera... en un modelo de colaboración económica dentro de un modelo más amplio de control económico mundial, todo ello... en un encuadre de federación mundial. Pero esto también traería consigo una cualificación del término soberanía... Pero respecto a las naciones pequeñas, cómo se puede pensar que, al renunciar parcialmente, pierdan algo de lo que nunca han poseído plenamente? Ello hace recordar que los trabajadores renuncian a parte de su individualismo al recibir su tarjeta de seguridad social... La verdad es que todos, los estados pequeños, tanto como los grandes, tenemos que renunciar en parte a la ficción de soberanía con el fin de ganar más en la realidad de acción nacional libre (Lerner 1941: 74-75, cursiva agregada).*

Summer Welles, Subsecretario de Estado en los USA de 1937 a 1943 escribía, en

1944, en *The Time for Decision*: «Ninguna organización internacional puede sobrevivir a menos que reciba el apoyo de la opinión de hombres y mujeres libres a través del mundo. Este apoyo no es previsible a menos que la nueva organización internacional les dé seguridad a todos respecto a... libertad, - no dominación...» (Welles 1944: 374).

En el tiempo de la guerra se publica una discusión sobre impuestos globales y redistribución de ingresos en los escritos de Jan Tinbergen, James Meade y Gunnar Myrdal, todos eventuales ganadores del Premio Nobel en economía. Tinbergen, por ejemplo, hablaba en 1945 sobre el nivel apropiado para la acción gubernamental, juzgando que se requieren «... recortes de soberanía nacional con miras a la política económica, si es que hay que realizar en el mundo un sistema social más estable y próspero...» (Tinbergen 1944: 164). Tinbergen hablaba en 1945 de «una distribución tan justa como sea posible entre 1). Personas y clases, y 2). Naciones», siendo ésta uno de los objetivos de las relaciones económicas (Tinbergen 1944: 17). En un enfoque que puede expresarse en la fórmula: «paz mundial mediante una economía mundial» Tinbergen observaba que era pensable que se pudiera alcanzar el objetivo de tener «la menor cantidad posible de conflictos, tanto en casa como en el exterior», en la medida en que la distribución sea justa y que la producción sea todo lo grande y estable que se pueda» (Tinbergen 1944: 17-18). Pero Tinbergen era sólo una voz entre las muchas que clamaban por un sistema global mucho más amplio que los acuerdos de Bretton Woods, impuestos con el apoyo de los Estados Unidos. Recuérdese que la obra de Tinbergen fue publicada después del acuerdo de Bretton Woods. Era claro que él había percibido que el acuerdo no hacía otra cosa que comenzar la tarea de un manejo global de la economía.

## ORGANIZACION GLOBAL: UN ASALTO SIN FIN

No, el mundo no estaba todavía preparado en los años 40 y 50 para una redistribución global o para una federación global. Pero hasta que el Senador Joseph McCarthy apareció con su caza de brujas anti-comunistas, la academia norteamericana, por ejemplo, había estado al menos explorando estas ideas. La persecución de quienes tenían opiniones independientes durante la era de McCarthy apartó de la agenda durante más de cuatro décadas toda consideración seria sobre justicia social global y hasta su simple mención. Pensar en términos de un solo mundo es algo que ha dejado de ser objeto de discusión, no sólo en el tiempo de las investigaciones parlamentarias al comienzo de los años 50, sino hasta nuestros días.

Uno de los primeros blancos más prominentes de la caza de brujas de McCarthy fue Owen Lattimore, entonces Director de la Escuela de Relaciones Internacionales de John Hopkins. Un ataque a un académico de la estatura de Lattimore llevó inicialmente a que muchos practicaran la autocensura. Se adquirió en Norteamérica una capacidad de no ver eventualmente sino aquellas soluciones que eran compatibles con las acciones independientes de las naciones-estado.

*Voy a dar un solo ejemplo de las preocupaciones que se levantaron en la comunidad académica cuando comenzó la campaña de McCarthy contra Lattimore en 1950, acompañada como lo estuvo por grandes titulares de prensa. Adda Brozeman del Sarah Lawrence College escribió lo siguiente al Senador Millard Tydings, Presidente del subcomité del Comité de Relaciones Exteriores del Senado, encargado de investigar acerca de los alegatos del Senador McCarthy sobre penetración comunista en el Departamento de Estado: Como profesora y colega que comenzó su carrera hace diez años con mucho entusiasmo, gasto ahora la mayor parte de mi energía en luchar contra la frustración y el sentimiento de inutilidad derivados del ataque deliberado contra todos los valores de la investigación y todos los procedimientos bon-*

*rados de formarse una opinión, implícito en el trato que se le ha dado hasta ahora al Dr. Lattimore. En efecto, parece poco útil esforzarse en hacer valer y desarrollar entre los estudiantes normas de integridad e independencia, si un hombre conocido por su integridad en la docencia y en lo intelectual, como el Sr. Lattimore, puede ser sometido a los procedimientos ignominiosos implicados en este caso (Citado en Lattimore 1950:n172-73)*

No es necesario decir que la vacilación acerca de la libertad de hablar, generada por ataques como los contra Lattimore, se intensificó cuando el Comité para las Actividades No-Americanas pidió y recibió permiso para leer listas universitarias (Diamond 1992: 121-22).

Para llegar a valorar ideas tan volátiles como las de justicia social global, federación global, redistribución global y democracia global se habría requerido un período bastante largo de discusión y una creciente familiaridad con los conceptos. Los académicos podrían haber trabajado sus modelos teóricos, los hombres de negocio podrían haber visto las ventajas, los niños escolares habrían estudiado la historia de la idea, habría habido debate. En vez de ello, la mayoría de nosotros sigue imaginando que la soberanía nacional está vigente y que ella es la mejor salvaguarda para bienestar de todos los pueblos.

## EL BUS DE LA DEMOCRACIA

No hemos perdido sólo uno, sino dos buses: el primero que perdimos pudo haber sido llevado a un sistema de finanzas públicas globales. El otro pudo haber creado gobiernos efectivamente democráticos en las áreas en desarrollo. Ambos buses fueron desechados por la guerra fría. Durante la guerra fría, el compromiso por la democracia fue presa de la «máquina antipolítica». Nuestra comprensión de la dinámica de los procesos democráticos era al parecer tan superficial que queríamos adoptar

una «anti-política» - es decir, la búsqueda de resultados eficientes, aún cuando los derechos de los ciudadanos eran pisoteados en el proceso. Pero desgraciadamente la democracia no es algo que uno aprenda a valorar a lo largo de la acostumbrada carrera de obstáculos que es la educación, sino más bien es un proceso que uno llega a apreciar a través de experiencias de trabajar con otros en un contexto donde a los participantes se les da la palabra. Por cierto que muchas instituciones en el interior de nuestras sociedades democráticas son todavía esencialmente anti-democráticas y corren el riesgo de serlo todavía más. Citando una vez más a Ursula Franklin: «Cuando no se comparte la tarea, los instrumentos de la cooperación -escuchar, tomar notas, adecuar- se atrofian como músculos que hace tiempo no se usan (Franklin 1992: 51).

Le hemos entregado apoyo financiero y técnico extravagante a los dictadores más represivos, y los hemos alentado largamente, a cambio de su paradójica declaración de fidelidad al «mundo libre». Si hubiéramos seguido el sendero defendido por Lattimore, en vez del que tomamos bajo la guía de McCarthy y muchos otros que carecían de un aprecio real de las instituciones democráticas, el informe sobre el medio siglo pasado habría sido muy diferente. Por ejemplo, Lattimore escribía en 1941: «Debemos tener una política que no nos limite a defender las posesiones de la democracia, sino nos obligue a apoyar y difundir la democracia misma» (Lattimore 1950: 43).

En 1950, a exactas cuatro semanas de su última declaración ante el Subcomité del Senado Norteamericano, Lattimore completaba el manuscrito de *Ordeal by Slander*, una obra que es al mismo tiempo un llamado de atención frente a los peligros de las tácticas de McCarthy y una defensa fervorosa de la democracia. En ella Lattimore afirma:

*Más allá de las playas de nuestro propio país, todas las muchas posibilidades constructivas de nuestra política extranjera han sido congeladas por la guerra fría. El hielo es ahora tan grueso,*

*que no se le ha dejado a la política exterior ninguna otra cosa que la guerra fría misma. Y sin embargo, tendría que ser obvio que la guerra fría no ofrece solución alguna ni para nuestros problemas propios, ni para los problemas del mundo (Lattimore 1950: 226).*

Con el fin de la guerra fría, por fin se ha sacado del garaje el bus de la democracia. Pero parece que ni el manubrio ni los frenos funcionan bien. Por una parte, exigimos elecciones libres, pero insistimos en un conjunto de medidas que, dada la ausencia de flujos financieros sustanciales en su apoyo, crean condiciones que condenan virtualmente a los gobiernos a la bancarrota.

Incapaces como parece que somos de cambiar el foco de nuestros análisis, seguimos usando modelos que, en palabras de Kennet Boulding, son «consistentes, claros y falsos» (citado por Franklin 1992: 32), o bien ofrecemos consejos con variaciones *ad hoc*, tanto con nuestra teoría, como con lo que deberíamos haber aprendido de la experiencia histórica, si hubiéramos hecho una pausa suficientemente larga como para tomar en consideración el informe de la historia. El consejo que ofrecemos al Sur es una variación del que nos infligimos a nosotros mismos en el Norte: El Estado tiene que achicarse, los mercados deben ser liberalizados, incluyendo el mercado de importaciones, y los mercados del trabajo deben ser flexibilizados.

Como estudiante universitario en los años 60, no se me pasó ni una vez por la cabeza que se iba a arrojar afuera sin ceremonias al keynesianismo, tirando al bebé junto con el baño; sin embargo, es lo que ha sucedido. Los impuestos progresivos están en retirada, las redes de seguridad social están contrayéndose y, al revés de lo que Karl Polanyi vió cómo la relación histórica, la sociedad (o lo que de ella queda) termina por hallarse fundamentada en la economía (Polanyi 1957: 43-55). Henry J. Aaron ha propuesto el siguiente comentario acerca de los actuales consejeros de política económica: «el desgano obstinado de muchos com-

portamientos a coincidir con nuestros modelos lleva a la sarcástica caracterización de los economistas como gente que, habiendo descubierto que la realidad y la teoría están en conflicto, concluyen que la evidencia es una combinación» (Aaron 1994: 19). Más aún, los comprometidos libremercaderistas van a predecir que la realidad seguirá pres-tándose a ello.

Hoy día cualquiera habla de globalización, pero pareciera que todos hubiéramos adoptado el modelo que los politólogos llaman realista. Un autor tras otro explora los límites de las medidas políticas en cualquiera de los países industriales o en transición o en desarrollo, para concluir o bien proclamando confiadamente que el mercado va a resolver todos los males, o bien, incapaz de hacer otra cosa, lamentándose de tiempos como éstos que son particularmente difíciles. Por ejemplo, un artículo reciente sobre el aumento de los trabajadores pobres en los Estados Unidos, después de observar que «la mayoría de nosotros estamos separados de ellos sólo por una reestructuración, una reingeniería, un despido, una enfermedad grave, o un divorcio» (Beatty 1994: 66), concluye desesperadamente: «lo que tenemos aquí es en suma una crisis circular, autogenerada, que puede difícilmente encararse con soluciones convincentemente eficaces» (Beatty 1994: 78).

En el Norte, donde el juego de los intereses democráticos ha impedido la puesta en ejecución completa del liberalismo económico, las consecuencias no han dejado de ser severas. Al aplicar la misma serie de políticas a muchos países del Tercer Mundo, se les da la fórmula del desastre y no la del lanzamiento exitoso de un nuevo nacimiento de la sociedad civil.

Se les agrega todavía al menos una recomendación a los países en desarrollo, con la intención de que traten de asegurar la obtención de divisas en cantidad suficiente como para pagar el servicio de la deuda externa: se les dice que mantengan bajas las tasas de cambio real. Es un consejo curio-

so. Por un lado, es una variación de la creencia de los libremercadistas de que la paridad en el poder de compra se mantiene en el largo plazo, es decir, que los cambios en la tasa de cambio y la inflación de los precios deben ir a un paso semejante. Por otro lado, el consejo descuida completamente las consecuencias que tiene, en cuanto a la distribución, para la mayor parte de la población, el que la moneda vaya perdiendo continuamente su valor. Más aún, tendríamos que haber aprendido de las devaluaciones competitivas de los años 30 que, si bien un país puede tener éxito con esta estrategia, no todos pueden tenerlo.

## CONCLUSIÓN

Es suficiente. ¿No hay alivio en este crudo paisaje? Les ofrezco el mismo grupo de alternativas que se discutían en los años 40. Mi tesis es que los mercados globales integrados no requieren nada menos que la adopción de mecanismos que promuevan la justicia social. Generalmente tales esfuerzos van a quedar muy cortos; habrá siempre entre nosotros algunos grados de desigualdad, como también concentración de poder. Sin embargo, pareciera que mercados globales estables y una sociedad global pacífica requieren transferencias que vayan mucho más allá del objetivo nunca alcanzado del 0,7% del producto bruto de los países industriales como ayuda al desarrollo.

Cuando Alexander Gerschenkron pensaba en el financiamiento de las primeras transformaciones económicas, señalaba una seguidilla histórica de fuentes de financiación: las acumulaciones privadas de riqueza en el siglo XVIII, los bancos en el siglo XIX y el Estado en el siglo XX. ¿Cuál ha de ser la fuente de fondos en el contexto actual? Para financiar la transformación económica de las sociedades pobres en un mundo de capital libremente móvil se requiere nada menos que de una autoridad pública global. El libre flujo de capital privado impone límites severos a las opciones

políticas de la mayoría de los estados, especialmente de los más pobres entre ellos. Hace tiempo que hemos reconocido la necesidad de transferencias en el interior de las naciones. Ahora que nuestra «nación» es efectivamente el planeta, la lista de localidades y el número de individuos que pueden requerir ayuda debe aumentarse.

La transformación que se requiere en nuestro tiempo es la globalización de las medidas que John Stuart Mill creía necesarias en medio de las miserias de la Inglaterra del siglo XIX: «Sólo en los países atrasados del mundo el aumento de la producción es todavía un objetivo importante; en los más avanzados, lo que se necesita es una mejor distribución (Mill 1965 v. II: 338).

Permítanme volver al llamado de Summer Welles en pro de una organización internacional que nos asegure libertad y no señorío, y proponer en conclusión, como un desafío, una innovación que, a lo mejor, podrá acompañar cualquier traspaso importante de poder a una autoridad que aparentemente estaría todavía más lejos.

Vandana Shiva, en su lección inaugural de Hopper en Guelph en Septiembre de 1993 utilizaba la frase «apartheid global» al referirse a la institucionalización de la desigualdad (Shiva 1993: 11-12). Pero puede esto sugerirnos algo aún más revolucionario? En la primavera de 1994 festejábamos las elecciones libres multirraciales que tenían lugar en Sudáfrica y el tránsito hacia un gobierno de la mayoría, producto de campañas prolongadas, tanto dentro como fuera de Sudáfrica. ¿Cuándo vamos a dar el paso de gigante de ir más allá del sistema dominado por la antigua nación-estado (en realidad dominado en nuestros días por las superpotencias) hacia elecciones libres multirraciales a escala del mundo entero? ¿No hay una cierta monocultura de la mente que a la mayoría de nosotros nos hace retroceder frente a tal posibilidad? Si abarcamos el sufragio universal a nivel global, surgen varios corolarios importantes. Quienes tienen una plataforma para la que desean ayu-

da, deben trabajar para asegurársela. Quienes tienen preocupación respecto a la capacidad que tengan los recién llegados al derecho a voto para ejercer este derecho de una manera responsable, desarrollan un punto de vista distinto acerca del problema de hacer extensivas las oportunidades a quienes antes eran analfabetos y sin derecho a voto. La política de intereses en competencia reemplaza la antipolítica de los expertos técnicos y de los superjefes institucionales.

Si abarcamos al mundo como nuestro país, entonces toda la utilería de arreglos institucionales que son parte de una nación-estado se va a extender naturalmente a todo el globo, de manera semejante a como el Príncipe Regente Juan de Portugal se sintió obligado a instalar una serie de amenidades civiles en Río de Janeiro, cuando Río llegó a ser por un tiempo la capital de hecho del imperio portugués después de la invasión napoleónica de la península ibérica.

Por cuánto tiempo más los ciudadanos van a considerar la globalización de los mercados como si se tratara del tiempo atmosférico: algo sobre lo cual todo el mundo habla, pero nadie aporta algo constructivo acer-

ca de cómo compensar la recaída contaminante, humana y ambiental, de los procesos de mercado? Lo que debemos hacer es descartar los puntos ciegos de nuestro enfoque de los desafíos económicos y sociales. Problemas nuevos exigen nuevos enfoques. Tanto mejor si estos enfoques tienen que ver con nuestros valores humanitarios.

El mundo ha perdido ya medio siglo. Y quizás hayamos perdido el bus - la única oportunidad que tendremos. Cuando éramos capaces de ser generosos en Norteamérica, actuamos así durante un tiempo: hubo muchos donativos de los USA para Europa, Japón, Taiwan y Corea en los últimos años de la década del 40 y primeros de la de los 50, aunque por motivos estratégicos y no humanitarios. Cuando podíamos habernos alistado a ser generosos, la visión estaba ausente. Actualmente puede que no parezca ser el momento de la generosidad, pero esto no nos va a dispensar de elaborar nuestros proyectos para un futuro sostenible. La magnitud de los males que amenazan a la sociedad global es tal que no podríamos desperdiciar otro minuto antes de comenzar la tarea.

## BIBLIOGRAFÍA

- AARON, HENRY J., «Distinguished Lecture on Economics in Government,» *Journal of Economic Perspectives*, 8, Spring 1994, pp. 3-21.
- BEATTY, JACK, «Who Speaks for the Middle Class?» *Atlantic Monthly*, 273, May 1994, pp. 65-78.
- BOURGIGNON, F., J. DE MELO, & C. MORRISON, «Poverty and Income Distribution During Adjustment: Issues and Evidence from the OECD Project,» *World Development*, 19 (Nov. 1991), 1485-1508.
- BUNZEL, JOHN H., *Anti-Politics in America; Reflections on the Anti-Political Temper and Its Distortions of the Democratic Process*, New York: Knopf, 1967.
- BURTTLESS, GARY, «International Trade and the Rise in Earnings Inequality» *Journal of Economic Literature*, 33 (June 1995), pp. 800-816.
- DIAMOND, SIGMUND, *Compromised Campus: The Collaboration of Universities with the Intelligence Community, 1945-1955*, New York: Oxford University Press, 1992.
- FERGUSON, JAMES, *The Anti-Politics Machine: Development, Depoliticization, and Bureaucratic Power in Lesotho*, Cambridge: Cambridge University Press, 1990.
- FRANKLIN, URSULA, *The Real World of Technology*, 1989 CBC Massey Lectures, Concord, ON: House of Anansi Press Ltd., 1992.
- FURNISS, EDGAR S., *The Position of the Laborer in a System of Nationalism*, Boston: 1920.
- GERSCHENKRON, ALEXANDER, «The Approach to European Industrialization: A Postscript,» in *Economic Backwardness in Historical Perspective: A Book of Essays*, Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1962, pp. 353-64.

- HIRSCHMAN, ALBERT, *Journeys Towards Progress: Studies of Economic Policy-Making in Latin America*, Garden City, N.Y.: Anchor Books, 1965.
- «Hungarians Turn to the Left,» *Montreal Gazette*, May 31, 1994, p. B2.
- IGNATIEFF, MICHAEL, *Blood and Belonging: Journeys Into the New Nationalism*, Toronto: Penguin Books Canada Ltd, 1993,
- KAPLAN, ROBERT, «The Coming Anarchy,» *The Atlantic Monthly*, 273, February 1994, pp. 44-76.
- KRUGMAN, PAUL, «Competitiveness: A Dangerous Obsession,» *Foreign Affairs*, 73, March/April 1994, pp. 28-44.
- LATTIMORE, OWEN, *Ordeal By Slander*, Boston: Little, Brown and Co., 1950.
- LERNER, MAX, *Ideas for the Ice Age: Studies in a Revolutionary Era*, New York: Viking Press, 1941.
- MILL, JOHN STUART, *Principles of Political Economy*, 5th London ed. New York: D. Appleton & Co., 1865.
- POLANYI, KARL, *The Great Transformation: The Political and Economic Origins of Our Time*, Beacon Hill, MA: Beacon Press, 1957.
- TINBERGEN, JAN, *International Economic Co-operation*, Amsterdam: Elsevier, 1945.
- WELLES, SUMNER, *The Time for Decision*, New York: Harper & Brothers Publishers, 1944.
- SHIVA, VANDANA «Monocultures of the Mind: Understanding the Threats to Biological and Cultural Diversity,» University of Guelph: Inaugural Hopper Lecture, September 21, 1993.

